

Cosas de Aldeanovita: *El sábado, cine.*

Juan José Fernández Delgado

...Pero no era necesario esperar al sábado para que llegara al pueblo, atardeciendo, cualquier día de la semana, Quico *Marina* con su máquina-chicharra y una película cien veces cortada y metida en una caja protectora del color del níquel y forma de una gran rodanca. Era -y es- *el rollo*, que también se conoce como *la cinta*. Pocas veces venía directamente desde su pueblo natal, San Román de los Montes, aldea montuna que gana la avanzada de la Sierra de San Vicente, junto a Garciotún y Cardiel, también de los Montes. Saldría de su casa un lunes a media mañana en dirección a Talavera, en donde *cambeaba* la película con que había recorrido los pueblos de los alrededores la semana anterior por otra, y con ella se allegaría hasta los pueblos y aldeas que marcan las lindes de la provincia de Toledo y Extremadura.

Lo cierto es que Quico *Marina* llegaba en la *Doaldi*, muchas tardes y siempre antes de que se pusiera el sol, procedente del poblado obrero talaverano conocido como *Patrocinio*, en donde tenía, de por vida, concertada la cena y apalabrada la cama; o de Alcolea, después de haber *echado cine* también para deleite de los colonos de El Bercial, y se apeaba entre las puertas falsas de Don Enrique y un corralillo que daba cobijo a “la posá del tío Eliso” y a la tienda de “tía *Marchena*”. Ahí, precisamente, la camioneta, que en aquellas altas fechas era conocida en el pueblo como *la Blanca Chata*, tenía su parada, tanto a la ida como al regresar de la baja Extremadura...

Y entre la enorme polvareda que traía cuando llegaba, o que dejaba tras de sí al pasar delante de “el Lagar”, recuerdo a un cobrador con espaldas cargadas más de lo normal y justo, de cara ancha y nariz recta y pronunciada en demasía, debajo de la cual se perfilaba un bigote *franqueado*. Su mirada es traviesa y tiene el genio pronto y afilado, y rodeado siempre de malas pulgas que buscaban las patillas de los muchachos si daban en estorbarle en su trabajo. Sobre la oreja llevaba un lápiz de ¿carpintero?, que escribía en azul cuando mojaba la punta en el ápice de la lengua, y en la comisura de los labios sostenía un cigarro de *caldo gallina* que él mismo se había liado, a pesar del traqueteo de la camioneta, y siempre estaba apagado. Excepto los *días de guardar*, iba metido en un mono azul, cuya cremallera color áureo se prolongaba desde el cuello hasta el punto más bajo de la bragueta; y, siempre, tocado por una boina *sin capar*. “No hay *güevos pa caparla*”, le oí retar un día a dos o tres guasones del pueblo que con él se andaban entre bromas, mientras subía y bajaba dieciséis veces la escalerilla de la camioneta. Recuerdo, digo, verle *gatear* por la escalerilla con una maleta o una cesta de mimbre con cincuenta ataduras, o con un colchón, o dos garrafas, etc., para alcanzar la baca del auto, en donde colocaba cuidadosamente éstos y otros bultos de tal guisa. Luego, extendía la lona sobre el abigarrado equipaje, la reataba y, entrando en el vientre de la camioneta, daba un seco portazo y decía claramente: *Vámonos, Marcelino*.

Lo primero que hacía Quico *Marina* al apearse de la *Blanca* era entrar en la *posá* para garantizar la cena y la cama e, inmediatamente, se iba a la taberna de Fausto *el Rojo*, que allí cerca estaba para hacerse ver y vocear que traía *una película de indios*:

–“El bueno” es un tío *cojonúo* que mata a todo el que se le ponga por delante. Da cada puñetazo que me duelen hasta mí las muelas cuando le veo arrear a diestro y siniestro... Lo que traigo hoy no tiene precio. ¡Esto hay que verlo! –decía vaciando un chato en el bar de tío Sinfuriano regentado, entonces, por Pepe *Gurriato*, o en la taberna de *la Recovera*, o en *el Portalillo*, o en el *Café* de Juan Pascual que, a la postre, sería la

enseña del cine en Aldeanovita, con el sobrenombre de *Los Claveles*, junto a *La Perla del sur*, los dos grandes bastiones cinematográficos en la historia del cine de la aldea.

Y la llegada de este hombre enjuto, de cara redonda adornada por un bigotito bien perfilado, ojos pequeños, mas de mirar penetrante y audaz, voz ronca de tanto gastarla haciendo parroquia y, luego, comentando muchas veces las películas mudas que *echaba*; tocado de gorro de paño color mazarrón y siempre chaqueta de la misma color que el sombrero, su llegada al pueblo, digo, se extendía por todas las callejas con la velocidad de las malas noticias, y significaba un revulsivo que soterraba por completo lo anodino de la vida aldeana.

-Oye, que también llevaba boina Quico *Marina* –me dice la memoria.

-Ya, ya lo recuerdo. Es verdad. Pero jamás los fines de semana.

-¿Y por qué le llamaban “Marina”.

-Por asociación con el Quico *Marina* del pueblo y, además, se parecían en las carnes prietas y pocas chichas.

Otras tardes llegaba tío Fermín, nuestro paisano, que también traía películas de indios, y otras de protagonista y melodrama: **La hija de Juan Simón**, **Ahí viene Martín Corona...** A estas dos películas que, indudablemente, marcaron un hito importantísimo en la historia del cine en Aldeanovita y que, aún, la memoria popular recuerda con nostalgia, se han de unir por derecho propio **El Cristo de los Faroles**, **Pescador de coplas** y **Esa voz es una mina**, protagonizadas todas por Antonio Molina. Con esta última, el artista malagueño popularizó *Soy minero*, canción que, aun hoy día, resuena en el cruce de las carreteras en la voz de Chine *Pulpo*.

En honor a la verdad, hay que señalar que tío Fermín, por ser nativo de Aldeanovita, gozaba de una sutil ventaja sobre Quico *Marina*:

-¿Cuál? -se preguntarán más de dos.

-Pues, muy sencilla: una hora antes de que empezara la función, mandaba a todos sus sobrinos y a los nietos de tío Sinfuriano con sus respectivas silletas al salón de autos para “hacer bulto” con que reclamar a la parroquia, algo que, si no prohibido, no le era dado practicar a Quico *Marina*, precisamente, por fuereño.

Y aún se presentaba un tercer cineasta que, junto a los otros dos, ha de ser considerado, con toda razón y la máxima objetividad de este anciano y pajolero mundo, precursor de la muy arraigada afición al cine en Aldeanovita. Me refiero a un hombre al que tampoco le faltaba el bigotito recortado que, procedente de Valdelacasa de Tajo, siempre traía junto a la máquina-chicharra y *el rollo* encerrado en la rodanca de níquel unos buenos chaparrones, casi nunca esperados y necesarios las menos de las veces. Por eso, cuando aparecía, o se sonaba que ya había llegado con la *penícula* y su disposición a *echarla* en el salón esa misma tarde, algún guasón, de los que nunca faltan, ¡ni han de faltar!, mirando a los cielos, voceaba:

-*Bacalao ha venío. Ya lo sabís. Esta tarde-noche llueve.*

-¿Cómo bacalao? ¿Qué quieres decir? –preguntaba un vecino ayuno en guasería.

-Sí, hombre, sí: va *calao*, *mojao*. ¿No ves que llueve siempre que acude por aquí el tío de Valdelacasa?

Este buen hombre de Valdelacasa, digamos, ensanchó los lugares en que se *echaba* cine, pues, normalmente, proyectaba las películas en el espacioso ancho del frontón, por lo que se puede decir que en aquellos altos tiempos contaba Aldeanovita con un cine de verano. Y allí se presentó una tarde con **La hija de Juan Simón**, aunque hubo de suspenderse la proyección por culpa, claro, de la lluvia consabida y esperar a que pasara el chaparrón y escampara.

...Esos días de cine, el pueblo entero vibraba desde lo más hondo de sus entrañas al conocer que cualquiera de los tres cineastas había llegado. Mucho tiempo

antes de que empezara la función, las calles se convertían en verdaderas riadas de aldeanos procedentes de todos los barrios portando sus respectivas sillas, bien al hombro, bien cogidas del respaldo, ya de una pata para zarandearlas de manera juguetona. ¡Todas las calles y las plazuelas se han ensanchado para dar cabida a tanto entusiasmo, y han allanado su pavimento para mantenerlo en toda su extensión! Ahora, abro el catalejo y veo bajar desde *la Zorra* al inolvidable Quico *Chápiles* con su silleta al hombro abriendo la procesión; poco después, viene Julio *Chorcas* y *Glaría*, Santiago y Chules *Valero*; braceando en busca de un ritmo pronunciado y con una ancha sonrisa, callejea Julián *Tata*, el amigo de los indios. Vienen más atrás *Galápago* y José *Pantalones* sin hablarse; detrás, Florín *Chiriques* y, más allá, arrimado y mirando a la pared para que nadie le viera falsea *Nanín Reto*. Veo también a José Luis *Marqueso*, a su primo *Repeinao* y, traspuesto, a *Quiño. Bodas* y José *Tadeo* ríen al socaire de una esquina. Chine baja cantando “Una paloma blanca”; un poco antes, Cristeto con su hijo Benjamín, quien años después será asiduo contertulio en las reuniones que Alejo *Tirillas* ilustraba en la sala de máquinas. Desde *Triana*, bajan también con sus respectivas silletas todos *los Tejeros* y *los Canarios*, y algunos *Guerrillas*, y Jesús *Pocopico* y un par de *Pinetes* y *Moreno Roso*, que ya muchachea. Entre la gente trianera, avanza un zagalín que ya hacía sus pinitos para alzarse por derecho propio con el peregrino sobrenombre de *Pacholes*.

Simón *Gato* y *Miauco* traen de la mano a *Faltiqueras*, el más pequeño de la casa. Desde el barrio *el Legío*, que no es otro que “El Egido”, suben por la carretera Jesús *Duro* y Jesusín *Arrecío*, Felisín *Gordo*, *los Negocios* y *los Marrupes*, y otros aldeanos que no puedo distinguir. También se integra en la procesión un muchacho cimbreando su sonoro nombre de *Changarrilla. Oncho* y *Popinas*. Dos o tres *Apañaos*... A todos se les une en los alrededores del lagar un par de *Juaquinillos*.

-¡Oye, que no falta nadie! –alguien me dice.

-Sí, que no ve a ningún *casca* –dirán más de dos.

-Mira. Por allí vienen Juanito, el de “mis mulillas”, y *Perico* lanzando ocurrencias y donaires.

Por la calle de la iglesia se acerca *Chupacharcos*; más allá, diviso a su hermano *Visita*. Paquito *Luti* aparece sonriente superada la calle de la Iglesia, a punto de alcanzar el ancho de *el Pósito*. Vienen también *Carias* y Felisín *Lucío*, y Martinillo *Aleluya* más cercano... Desde *El Calvario* se allegan *los Chicheras*, Avelino *el Mozo* y Pepe *Jormiga*... Andrés *Chichas* y su hermano *Mecho*... *Petrillas*, *Juanillas* y un par de *Ramoncillos* asoman también en hermanado y vocinglero ramillete por la calle de El Sol. Serafín intenta desaparecer metiéndose entre el hueco que dejan dos sillas colgadas de los hombros de sus respectivos dueños en la estrechez de la puerta de entrada al salón...

Hombres, mujeres, muchachos que buscaban el modo de colarse sin pagar y muchos niños, que ya habían dejado de serlo, todos, acudían vocingleros y entusiastas y con una sonrisa que se eternizaba en sus rostros al salón de tío Sinfuriano provistos de sus respectivas sillas. En efecto; aquellos aldeanos veían rota la rutina de la tarde y acudían al espectáculo cinematográfico con la misma ingenuidad con que los primeros cristianos cruzaban las puertas de acceso al circo romano, donde les aguardaban voraces y hambrientos leones. Esas tardes ya anohecidas su entusiasmo desbordaba la amplitud del foro aldeano, y lo llenaban de gritos e interjecciones próximos a los gruñidos y aspavientos jubilosos de los hombres primitivos con que hubieron de celebrar el descubrimiento del fuego y el goce de sus primeros placeres; y, cuando recién descubierto el lenguaje, aquellos hombres que llaman de tú a la prehistoria se apresuraron a dar nombre a los animales y a los árboles para que no se les olvidara el

mágico invento de las palabras. Acudían con todas las puertas de la credulidad abiertas de par en par, como los chiqueros, para convivir con lo misterioso, lo fantástico, lo inexplicable, lo inverosímil y prodigioso hasta convertirlo en realmente real, de manera que la vida aldeana –el único mundo existente en aquellos entonces–, desaparecía entre la magia que hilvanaba un chorro de luz procedente de aquel artefacto gobernado por nuestro paisano, o por cualquiera de los otros dos cineastas que tenían a bien zarandear la imaginación popular de Aldeanovita en el salón de tío Sinfuriano.

Y acudían más de tres cuartos de hora antes de que empezara la función...

-¿Y por qué acudían con tanta antelación? –me preguntas.

-*Pa coger sitio, que si no, no ves na.*

La luz amarillenta y titubeante, que bajaba de una bombilla ahorcada de un cordón en medio de la sala, se veía reforzada por el vigor de dos babosos carburos y, juntos, alargaban las figuras de aquellas gentes crédulas e infantiles y realizaban su entusiasmo intensificado al calor de la vocinglera muchedumbre.

Luego, algarabía, silbidos, pataleos cuando se cortaba el celuloide; risas y comentarios sobre lo que acababan de ver, al siguiente corte; cachetes burlescos y eléctricos como chasquidos, que nacían y se perdían nada más nacer a modo de collejas, e interjecciones sonoras y altisonantes cuando el galán se disponía a besar a la actriz y la mano de la censura aparecía en forma de un negro nubarrón... También lágrimas cuando *Juan Simón* se aprestaba a enterrar a su hija por ser el único enterrador en el pueblo...

Cuando se iba la luz, lo que ocurría con excesiva frecuencia, Quico *Marina*, guiado por su libre albedrío, comentaba con el desparpajo de cualquier afamado orador el desarrollo de la película, alumbrado por la candela de los carburos y escuchado por los parroquianos con la misma atención que prestaba a la voz sonora que, sin apoyo de cineasta alguno, acompañaba el transcurrir del celuloide.

Toda la magia se hilvanaba desde una mesa que se colocaba en el fondo del salón, justo delante del mostrador, o sobre el entarimado que servía de plataforma a los músicos. Desde allí, salía un chorro de luz que se convertía en puentes, montañas, indios, caballos, ríos, multitudes, selvas y ciudades... Mas, la magia del cine no terminaba cuando se superaba el último corte del celuloide y la gente se marchaba a casa: al día siguiente, la impronta popular adjudicaba peculiaridades, frases, andares o parecidos a algún aldeano, o se repetían escenas, o se intentaba imitar la canción de “Soy minero”, que Antonio Molina redobla en la película y, luego, *Chine Pulpo* aún pregona por las arterias populares...

Sí. La ilusión del cine se mezclaba en y con la vida cotidiana y se prolongaba hasta que llegaba la próxima película. Y en aquellas sesiones nocturnas, llenas de ingenua fantasía y de desparramada imaginación, lo cotidiano y lo popular, lo meramente aldeano, se evaporaba, se desvanecía por completo, y las duras actividades, y la cruda realidad; de modo, que los espectadores se adentraban en las entrañas del celuloide y se sentían afectados por todo lo que en la pantalla ocurría. Así, una de aquellas fantásticas noches en que el protagonista había sido robado sin el beneplácito de los asistentes y, acodado en la barra del *saloon*, preguntaba desafiante quién había sido el atrevido que tal había hecho, un joven aldeano, con el grito extendido por la magnetizada sala, le ayudó a identificarle:

-¡La gitana! ¡Ha *sío* la gitana! –se desgañitaba llenito de santa razón.

Y otra de aquellas fantásticas sesiones en que la *penícula* iba de combates aéreos ocurridos en la Segunda Guerra mundial, otro joven aldeano, como viera que los aviones pasaban rozando las cabezas de los reunidos y presintiera que en cualquier momento se estrellarían y, por necesidad, ocurriría una catástrofe en el salón de tío

Sinfuriano, en los primerísimos lances cinematográficos, abandonó el peligroso recinto a pasito ligero y la cabeza gacha.

Así se vivía el cine en Aldeanovita y así se fraguó su afición al celuloide; y de esa manera, ¡ay!, se desarrollaba el acontecimiento hasta superada la mitad de la década de los cincuenta. Y para complacer a esa entusiástica afición, se levantaron, a finales de esa década, dos salas de cine, dos, y la satisfacían con varias sesiones a la semana, previo permiso del Sr. Alcalde: la de *Los Claveles*, gobernada y amenizada por Alejo Tirillas, y *La Perla del Sur*, dirigida por Marceliano Visita. Cada uno daba su correspondiente sesión la tarde de los sábados, y dos –tarde y noche- los domingos y demás *fiestas de guardar*. Pero esto ya fue otra cosa; ahora, entramos en otra época: ya no se irá al cine concebido como espectáculo mágico ocasional, sino como a un acto que ya se había integrado en el vivir cotidiano: era ya un acto *cuasi* social...

¡Y las dos salas llenaban sus respectivos estómagos!, sobre todo en los *pases* vespertinos, a los que acudían aldeanos de las parroquias lindantes.

En efecto; la afición al cine era enorme, tanto que se da por muy verídica esta anécdota en el afamado *Corro de la mentiras* y se lee en los viejos anales de Aldeanovita: una noche en la que había cine, llegó el hombre a su casa no falto de cansancio, y, mientras se lavaba en el cubo, junto al brocal del pozo, le informó la mujer de que había cine en el salón de tío Sinfuriano. Los dos muchachos esperaban expectantes el argumento del padre:

-¿Cine? –preguntó.

-Sí, cine –contestaron los hijos a la par.

-Pues ya lo *sabís*: o *ci* o *ce*.

Y los mozuelos respondieron en voz alta e inequívoca:

-Padre, queremos *Ci*.

-Pues, hala, al cine, que hoy no hay cena.

Es cierto también que para fomentar la afición los cineastas, ya Marceliano, ya Alejo, patrocinaban concursos infantiles con entradas gratis durante largas temporadas. Así, el juego de *la Piñata* de aquellas fiestas de San Bartolomé llevaba como premio en uno de los pucheros de barro, que había que romper con un palo mediante un golpe maestro, entrada gratis en *La Perla del Sur* desde esa misma tarde hasta la de San Bartolomé siguiente, amén de un botellín de cerveza. Y el avisado zagal fue Rufino, Rufino *Butaca*, el cual dio en *cambear* el botellín por una botella de gaseosa manufacturada en la fábrica *Salerito*. Y así, nuestro paisano asistió a todos los *pases* que dio Marceliano Visita aquella temporada, excepto a uno, como sabrá quien leyere.

Cada sala se especializó en una modalidad filmica: *La Perla del Sur* se aprestó a proyectar películas de intriga y misterio, o de humor, protagonizadas muchas de ellas por Paco Martínez Soria: **La ciudad no es para mí**, **El abuelo tiene un plan**, **Hay que educar a papá**; también **La balada de Narayama**, **Café de Chinitas**, en la que Antonio Molina y Rafael Farina evocan entre amores, celos y rivalidades el legendario café cantante malagueño; **Un señorito andaluz**, **El último tren de Gun Hill**...

Su portada principal, la de *La Perla*, estaba adornada con llamativos rótulos y escenas significantes en las que se veían gigantescos pistoleros en posturas elegantemente incómodas... El rótulo *Los Claveles* ocupaba gran parte de la fachada color pastel... ¡Recuerdo cómo iba surgiendo la rectangular sala sobre lo que había sido un gran corralón siempre repleto de cebones...! Se había presentado desde Talavera una cuadrilla de albañiles gobernada por Luciano... ¡Cómo lanzaba los cubos de cemento...!

En relación con *La Perla del Sur*, existe una página que ha quedado grabada en los rancios anales de Aldeanovita... Fue la tarde de un día de Reyes. La sala estaba al

completo, de modo que no faltaba ninguno de los asiduos asistentes, excepto el agraciado Rufino que había ignorado su merecido pase gratuito y se fue a la sesión de *Los Claveles*. Los espectadores seguían atónitos lo que ocurría en la pantalla. En efecto; Alfred Hitchcock había desplegado la malla de la intriga en el suspense **De entre los muertos** y mantenía hechizados a todos los concurrentes, que desde los mismos inicios le habían entregado toda su credulidad; y era tanta que una aldeana, cautivada entre todas por la magia del cine, había traspasado la sutil tela que separa la vida de los vivos de la de los gnomos, y se avino a confundir la ingenua realidad de la aldea con la fantasía con que el cinematógrafo atrapa a los atentos y, sobre todo, primerizos espectadores... Y, de pronto, el techo de la sala dio en caerse. Primero, fueron unas láminas de yeso próximas a la pantalla; luego, cayeron las tejas y dejaron ver los primeros luceros de la noche. Al poquito, se desprendieron más planchas y golpearon sobre las butacas y sobre los desconcertados espectadores, y más tejas, y después muchas más. Fue entonces cuando la aldeana dijo a su hija:

-¡Ay, hija, mira qué *propio* es *to* esto! Se ve que la *penícula* va de obras, y *paece toa* ella de verdad –exclamó cuando una hoja de yeso la golpeó en el hombro.

-Sí, madre, *mu* propia, pero vámonos corriendo, que el cine se cae de verdad.

Alejo *Tirillas* gustaba del cine de acción, aunque él era hombre pacífico y de amena conversación si el tertuliano le merecía su confianza; si no, se encerraba en los monosílabos *sí* y *no*, y poco más. Estas conversaciones se desarrollaban en la sala de máquinas, como diría un marinero, bien antes del *pase* de la tarde, bien antes de que empezara la sesión nocturna. En ellas, Alejo encontraba el lugar idóneo para pontificar con su voz engolada y su bigotito bien perfilado. He de señalar que cualquiera que se hubiera pasado por la taquilla por la tarde encontraba la puerta franca para la sesión nocturna. Así pues, uno de esos días subí a “máquinas” un rato antes de que empezara la sesión nocturna y encontré a Alejo consternado, abatido por la contrariedad de que las ruedas de las diligencias giraran en la pantalla en sentido contrario al de la ruta, y lamentaba con profundo sentimiento que ese “defecto”, que él asumía como si él mismo fuese el máximo y único responsable de semejante desaguizado, no se pudiera subsanar.

-Es más, y no se podrá resolver jamás. El día en que se corrija este defecto –continuaba, mientras se rascaba en la entrepierna, el cine será lo más grande del mundo.

Otro día le encontré en plena tertulia con la *color* demudada. Hablaba quedo y con toda la seriedad recogida en la mirada. Chine *Pulpo* lloraba, Benjamín hacía pucheros mirando por la ventana, Antonio *Rengue*..., *Benino*...

-¿Qué pasa? –pregunté.

-¿Que qué pasa? ¡Anda que es pocha la del ojo! Que qué pasa, pregunta éste.

-Pero...

-Pues que muere Kid Karson.

-¿Que muere Kid Karson? ¿Y quién tiene *güevos* para matarle?

-Un cabrón cobarde que le mata por la espalda. Si no es a traición no hay *güevos* en to el oeste pa matar a ése –dijo Alejo. Ahora, eso sí –continúa recobrando la sonrisa que va de oreja a oreja, antes de que le maten reparte una ensalá de hostias y de puñetazos... Pero, al final, muere –cerró Alejo llenando la sala de proyección de seriedad y tristeza.

Gustaba también Alejo, y mucho, del flamenco, por lo que las tardes de cine daba a los altavoces los cantos de *la Paquera de Jerez*, *la Niña de los Peines*, Antonio Mairena, Antonio Molina, al que llamaba de modo particular y amistoso “el gato”; también, Manolo Caracol, Juanito Valderramas y las primeras disputas flamencas con su nueva mujer, Dolores Abril. Pepe Pinto... Los sábados y los domingos, Alejo lanzaba a todos los vientos de Aldeanovita estos cantos flamencos una hora antes de que

empezara la función, y se extendían por los campos, y llegaban a los altos del *Castrejón*, y se introducían también en los corrales y *enramás*, de modo que urgían a terminar las tareas cuanto antes... **La Flecha envenenada**, Kid Karson y El Toro, Toni Aguilar, Jorge Negrete, Gaston Santos... **Una bala es mi testigo**, **Con la muerte en los talones**, **Látigo negro**, **La máscara del zorro**, **El puente sobre el río Kwai**...

Íntimamente unido al cine *Los Claveles*, y al *Bar* de Juan Pascual, nombrado durante muchos años como *el Café* por antonomasia, a la casa entera, en fin, se hallaba el señor Marcos *Rutinas*, del que ahora interesa reseñar la intensidad y la *ilusión* con que vivía todo lo que ocurría en la pantalla, por ser ejemplo fidedigno de la evasión que suponía todo lo que ocurría en la pantalla para el público asistente, de su pasión y compromiso con lo proyectado y, también, porque ejemplifica cómo se prolongaba la ficción del cine en la vida diaria de la aldea. En primer lugar, señalo que se veía los dos pases del sábado y los correspondientes del domingo, siempre que le gustara la película, y le encantaban todas las del oeste: “Las demás, ¿pa qué?”. Entraba en la sala de proyección cuantas veces se le antojara y participaba con sus precisiones en las tertulias, pero dejando por sentado que sólo le interesaban sus argumentos: los exponía con brevedad y se iba para regresar cuando se le antojare. Algunas veces escuchaba un par de minutos seguidos con los ojos muy abiertos y se marchaba sin decir nada. Pero ahora importa resaltar dos actitudes del señor Marcos *Rutinas* íntimamente relacionadas con el cine, que reinciden en la pasión con que se vivía en Aldeanovita el mundo de la pantalla en aquellos altos tiempos: en la sala, el señor Marcos iniciaba los aplausos cuando aparecía “el bueno” aún con tiempo para vengar alguna fechoría o impedir que colgaran a su amigo o que violaran a la joven con la que, claro está, se habría de casar después. Al instante, era imitado por una bandada de muchachos que batía palmas a rabiar y jaleaba al caballo del “bueno” para que aún corriera más deprisa. Gustaba de vestir el señor Marcos la clásica camisola de nuestros tratantes y contaba entre su hacienda con una yegua que por su pelaje se podría definir como alazana de larga crin. No era muy robusta, la verdad; más bien, enjuta, y también ligera y corredora. Por las tardes, sobre todo la de los lunes y los martes, cuando regresaba del campo con su manada de animales, desde el pilón, desde nuestro *caño* y después de haberse anudado la camisola de tratante al cuello para dejarla más volandera, la emprendía a galope *tendío* hasta su casa erigiendo su garrote o vara del látigo como rifle para, así, imitar con más realismo al “bueno” de la película del día anterior. A veces, encontraba el señor Marcos a algún aldeano que, bien tan entusiasmado como él, bien tocado por el ala de la guasería, le replicaba con tiros de revólver improvisado desde el socaire de una esquina... Todos dejaban sus conversaciones cuando, atardecido, el señor Marcos *Rutinas* cruzaba veloz el ancho de *el Pósito* repartiendo tiros a diestro y siniestro inclinado sobre el pescuezo de la yegua para, así, esquivar los disparos que pudieran venir desde sabe Dios dónde...

Con todo ello, con todos ellos, pues, Aldeanovita crecía en fantasía e imaginación y lograba que su vida rutinaria pasara más deprisa y se ampliaran sus horizontes.

Pero todo esto no es nada si no se hace constar lo que realmente significaron estas dos salas –sus respectivos gobernantes, Alejo y Marceliano. Significaron el paso de los preliminares del cine, de su prehistoria a la época moderna y contemporánea del séptimo arte; el tránsito del cine mudo y en blanco y negro al cine sonoro y al “cinemascope” y “technicolor”, que toda Aldeanovita dio en llamarlo *internicolor*. Las películas fueron otras, de fama nacional e internacional. Antes, acudían los aldeanos al cine con la impaciencia con que se acude a un espectáculo circunstancial y, por tanto, sin continuidad, pues sólo Dios sabía cuándo regresaría Quico *Marina*, el hombre de Valdelacasa o nuestro Fermín, con otra *penícula*; ahora, por el contrario, el espectáculo

estaba asegurado con redobleces cada semana, por lo que se había convertido en un hecho social: la gente, desde el vientre del bar, se acercaba a la taquilla en busca de la entrada, y entraba en la sala y buscaba su cómoda butaca, y la ocupaba convencido de que los cortes, que aún continuaban, serían mínimos...

-¡Esto es otra cosa! –decían entusiasmados los aldeanos.

-Sí es verdad, chacho. Esto es otra cosa. Esto es de verdad.

Y en efecto; lo que ocurría en la pantalla aún era considerado verdadero, de modo que si, por un casual, al final mismo de la película moría el protagonista, causaba gran extrañeza encontrarlo el sábado siguiente en otra película repartiendo puñetazos a diestro y siniestro.

En estos tiempos, la magia del cine empezaba el viernes por la tarde, cuando Alejo y Marceliano extendían las carteleras a lo largo de las fachadas de sus respectivos cines: luego, durante la proyección intentabas atrapar el momento que la fotografía te había mostrado; al terminar la película, se acudía también a los fotogramas o pequeños carteles para recordar lo que precedía a la imagen atrapada y cómo continuaba la secuencia a partir de ahí...

Acabado el último *pase*, los cineastas recogían las fotografías callejeras y esperaban la llegada del próximo viernes...

Sí, es cierto, pero no lo es menos que en el pueblo, por todas sus callejas, por sus corrales y tesos, por sus campos todos, quedaba desplegada la magia del cine y acompañaba en todas sus actividades hasta la próxima sesión a las gentes, a todas las gentes de Aldeanovita, Aldeanovita la bien nombrada.